

LOS ARBOLES

A Paca Aguirre y Félix Grande

I

En este país, ahora, los días mueren jóvenes. Avanzaba ya el otoño abrumando las tardes y cuando el hombre llegó era de noche.

Para viajar siguió las indicaciones de la carta; un tren puntual, de vagones pulcros, que apenas se detuvo en la estación; pero antes de llegar, él ya estaba preparado. Sólo llevaba una maleta y una caja, de dimensiones mayores que la maleta, donde guardaba un rollo de tela para pintar. Nadie estuvo esperándolo, pero él lo sabía. Era mejor así; era más fácil, o más cómodo en aquellas circunstancias.

En la estación, pequeña, también pulcra y tibia, sólo vio una persona, seguramente un funcionario, y un perro grande, lanudo y somnoliento echado sobre su vientre.

Ya en el andén buscó la salida, observando previamente los letreros indicadores. Fue todo muy fácil —en este continente de lenguas distintas ya no se usan las palabras, sino las imágenes, para señalar los lugares comunes—, simplemente una rampa y un portal.

Al salir a la calle sintió el aire frío y saludable en la cara, y, a cierta distancia, observó que alguien caminaba hacia el fondo, tal vez una mujer.

Se detuvo un instante para trocar de manos el equipaje. El atardecer parecía más oscuro en el horizonte amontonado y confuso. El aire estaba quieto, como durante el viaje, desde que partiera —sin prisa ni entusiasmo, pero también sin pena— de aquella ciudad tan vieja y ajena junto al mar, un mar sin sol, aborascado y gris; de la orilla acantilada y severa, sin palmeras ni voces, un mar majestuoso y mudo, que a él, sin embargo, le había gustado contemplar durante las breves caminatas, cuando la impaciencia o el tedio lo sacaban de la habitación de su hotel. Hasta que llegó la carta que esperaba: sólo unas líneas de escritura, también en lengua neutral. Y preparó las maletas. El tren iba bordeando la costa hacia el norte, y desde su

ventanilla, en el compartimiento vacío, observaba el paisaje, sin atención pero sin desprecio, las dunas, estos campos prolijamente labrados, en orden para una siembra metódica e infalible; algún cuervo o pájaro grande y oscuro, sobrevolando en amplios círculos con seguridad presuntuosa; las tierras sin cercas ni alambradas, ni campesinos, y sólo una o dos tenues columnas de humo lechoso de color elevándose al cielo desde alguna vivienda de piedra oscura, con tejados y muros tan distintos, sin amplias galerías, ni parrales, ni caballos vecinos en libertad. Y los árboles. Miró los árboles, coníferos, enhiestos, siempre esa cuidada y verde geometría; no de troncos rotundos, no torturados, no de ramas, arcos ni brazos caprichosos o gratuitos, ni de frondosas copas mortales cada otoño y eternas, obcecadas o locas y entusiásticamente renacientes; ni anidados. No los árboles de su infancia y juventud perdidas, respuestas furiosas y contumaces al hacha de los hacheros, refugio y alimento de pájaros estacionarios y habladores. Aquellos otros bosques perdidos, con árboles diferentes, no con formas para sacudirse o eludir el peso de los cielos, sino para recibirlo, agua torrencial, como los brazos de alguien en larga espera. Todo eso pensó o vio, de pronto, como un resumen.

Ahora, afuera de la estación, estaba la imagen de la mujer que caminaba hacia el fondo; por el rumbo en que él iba a andar, equivocadamente. Tal vez pensó en llamarla, pero no lo hizo, quizá ni siquiera lo pensó. Tenía el papel en el bolsillo. Se quitó un guante para buscarlo y volvió a leer. Desde la puerta de la estación ferroviaria anduvo rectamente hacia la izquierda y, por un sendero de pedregullos —flanqueado por árboles— hasta la casa. También tenía las llaves, una llave grande, de bronce, para el portón de hierro del cercado, y otra más pequeña. Sus zapatones, aquellos que nunca hubiera usado allá, que parecían hundirse en el balasto del sendero de guijos blancos, o apenas grises, con el rumor crocante del andar anunciaron la casa. Apenas pudo leer sobre el pequeño buzón de la entrada: Doktor... y la dirección del viejo amigo con quien había tenido relación durante más de veinte años a través de la distancia, el que firmaba la carta guardada en el bolsillo.

Cuando el portal quedó franco metió la otra llave, la más pequeña, en la puerta y penetró en la casa. Ya una vida quedaba atrás; un pasado, como un cadáver inmenso e insepulto. Buscó luego la llave de la luz, a la izquierda, a la altura de medio cuerpo —según las indicaciones del papel— y las penumbras cedieron instantáneamente.

El largo viaje, la fuga, los funcionarios de frontera y los pasaportes; las visitas con explicaciones tristes, insuficientes; una fría y desapa-

sionada pesadilla, «transitoria como un gesto», según quería creer; pero también irremediable, quedaba atrás.

Ahora sólo pensó en dormir.

II

Cundo despertó, el paisaje apenas entrevisto por las celosías era semejante al de la víspera. Se despertó de pronto, sin ensueños, como recordándose de un aletargamiento gravoso, con esa sensación de vaguedad oscura e inanimada de los que no pueden amar. Y las cosas que primero vio le eran ajenas, distintas e indiferentes: una cama alta y pesada, un gran armario de madera clara; el lavabo de porcelana de anticuario, y la luz como de un celemin colada a través de unos visillos que no habían sido repuestos desde mucho tiempo atrás. La alfombra, blanda y neutra, de guardas bermejas, envejecidas, indescifrables.

De un salto corrió hacia el ventanal y lo cerró, y ya en pie fue a clausurar todas las ventanas de la casa. Atrás quedaba el paisaje, la vida gris, ajena, su propio holocausto, para siempre. Ni siquiera le interesó el secreto placer de ir descubriendo los rincones desconocidos de la casa, fría y extraterritorial, que tendría que habitar en adelante. Una cocina es siempre una cocina. Y un solárium, orientado al naciente, cuyos cristales también cegó corriendo el vetusto, grueso cortinado.

Hechas las sombras, a mediodía, el cerrojo asegurado de la puerta, encendió apenas una luz, sólo aquella que encendería en adelante, y se dispuso a idear una cuenta personal para escandir de ese modo, sin luces ni sombras, los días de su vida. Entonces abrió sus maletas, colocó una tela en el caballete como cumpliendo un rito cotidiano, y ordenó sus pinceles. Luego fue hasta su maleta y entre su ropa halló el retrato, una fotografía enmarcada en nácar de los mares; una sonrisa dulce, con un bozo de bigote, y una corbata mal anudada al cuello de un hijo tempranamente fusilado. Pasó con ternura la mano sobre el rostro del hijo y lo sintió vivo y tibio, equívocamente cerca, como antes, pisando aún, con la insolencia de los sueños, la misma tierra. El hijo. Apenas pronunció su nombre, sin mover los labios, como una mera referencia amorosamente lejana de sí mismo, no como quien se afligiera de la vida. Buscó un clavo en la caja donde guardaba sus implementos de pintar, y un martillo; y colgó el retrato que entonces fue como una mancha que el tiempo se obstinara en no llevar consigo, en la pared. Después sacó, de la misma caja, el Diario de Gauguin,

las Cartas al hermano Theo, la autobiografía de Benvenuto Cellini y las Confesiones de San Agustín, igualmente encuadernadas, que fue colocando sobre una repisa junto a la chimenea. Y encendió el fuego, ayudando a los leños con un chorro de solvente de óleos. Y a través de las altas llamas vio su vida. El fuego que en definitiva se alimenta de la tierra, estalla, nace y crece a costa de lo muerto; que se alimenta de la muerte. Ya no sería nunca lo que fue; sus pequeñas alegrías y sus penas estaban amortajadas; todo se le había deslizado de las manos como un resplandor exiguo y fugaz. Y todo, él mismo, no merecía otro epitafio que el olvido, la lejanía sin regreso y el silencio.

III

Hoy ha venido una mujer; llamó repetidas veces, sin que él oyera, y la vio sólo cuando estuvo adentro, con una gran bolsa del mercado entre sus brazos llena de latas y alguna botella asomando, y un fino pañuelo de color de seda cruda atado a la barbilla. Ya adentro, la mujer caminó decididamente hacia la cocina y sobre la mesa puso la bolsa. Luego observó, con simpatía, que el fuego de la chimenea flameaba. Ella le dijo su nombre y le explicó que la mandaba el Doktor y que vivía en un pueblo cercano. Después comenzó a caminar silenciosamente por la casa, ordenando, aseando y recogiendo los pocos enseres que habían quedado desparramados no lejos del caballete y en la cocina. Cuando intentó descorrer los cortinados y levantar las celosías, él le rogó que no lo hiciera; fue ese el primer momento en que hablaron más de dos palabras.

—No lo haga —dijo él—. Se lo ruego.

Ella lo miró de pronto, como sorprendida de que él hablase y se entendieran.

—No lo haga, nunca —dijo él—. Por favor.

—Vendré los martes y los viernes —dijo ella.

En ese instante él se esforzaba con su escaso vocabulario por no aparecer descortés.

—Todo está bien. No voy a ensuciar ni desordenar.

—¿Ni comer? —dijo ella—. Bien —agregó; ya tenía calzados los zapatos de lluvia sobre sus propios zapatos—. Vendré únicamente una vez por semana; temprano.

—¿Temprano? —preguntó él—; pero al decirlo ya le sonó absurdo e indiferente.

—Sí —dijo ella—. La primera lancha llega a las nueve.

Cuando cerró la puerta pudo escuchar el crujir de los pedregullos del sendero y el golpe seco del pequeño portón de afuera.

Luego no volvió a verla, hasta algunos días después. Pero ya la mujer no intentó ir hacia las ventanas clausuradas. Sólo encendía, momentáneamente, un par de luces más, en silencio, mientras trabajaba.

IV

Los días transcurrían, pero los días eran más irreales que sus noches, salvo las noches de Insomnio.

Sus salidas fuera de la casa eran tan sólo merodeos, desconfiados e inseguros.

Un día vio, sorprendido, cómo la mujer observaba el retrato colgado en la pared, sin decir una palabra; y él sintió algo extraño al verla. Tal vez ambos quisieron hablar, decir algo, incluso a él le pareció que algo había sido dicho; pero callaron.

Hoy es igual que todos los días, aunque la nieve parece más seca y la ventisca levemente más agresiva o pertinaz. Todo el rumor de la vida lo constituye el ladrar esporádico de algún perro, y, a veces, la puntual sirena del pequeño vapor que atraviesa la bahía de ida y regreso, piensa el hombre, con esa especie de placer vicioso de sentirse casi absolutamente solo.

La nieve, todavía no intensa, empieza ya a acumularse frente a su puerta.

V

A poco de llegar comenzó a hacer gimnasia en las mañanas, ingentes ejercicios, sometiendo su cuerpo a esfuerzos continuados para fatigarse y dormir. Un hombre puede dominar, hacer dócil al sueño como a la vigilia, al invierno y al verano; despreciar la primavera y el otoño, la guerra y la paz, la gula y el hambre; y aun así no lograr morirse, sino tal vez, sólo olfatear la muerte.

De sus largos y tortuosos paseos entre las piedras junto al mar, entre las brumas que no dejaban ver otro paisaje, regresaba satisfecho cuando lograba cansarse. Entonces, meticulosamente, se dedicaba a reavivar el fuego de la chimenea, quitando las cenizas con un escobillón y una pequeña pala, para dejarlo en puras ascuas, a las que iba soplando con actitud amorosa, con la misma ingenua ternura con que de niño soplaba suavemente el cuerpo de los pequeños pájaros,

caídos de sus nidos en las mañanas de invierno. Y luego se sentaba otra vez, para estar largo tiempo frente al fuego.

Lo había perdido casi todo, allá; y luego había logrado perder lo demás. Pero todavía le quedaba ese retrato enmarcado, y los pinceles; y aún era él, con su memoria, con sus recuerdos, ahora por momentos más vivos quizá, ya que los recuerdos sólo se consumen vi- viendo, y él se obstinaba en esconderlos, taparlos. Vivir es olvidar. Sonrió; toda su vida había pensado lo contrario.

Hoy, sobre el papel, había comenzado un esbozo: las imágenes de unos árboles, unos sauces en pleno verano, que apenas encubrían la casa, al fondo, de la cual sólo se podía ver una puerta y un trozo de balcón; más atrás, un confuso matorral y un perro jugando o persiguiendo a un pato, y , en primer plano, una cerca de palos, parcialmente caída.

De pronto creyó escuchar, a lo lejos, unas campanas doblando y conjeturó que sería domingo. Las mismas tal vez que de tan familiares no escuchaba en su pequeño país perdido; los domingos, cuando el sol de la mañana doraba, para quien sabía verlo, el tenue polvillo entre las palmeras, las grandes begonias y los lampazos, que levantaban las primeras brisas del viento norte. Su casa, blanca y grande, llena de gatos y de pájaros, que jugaban a ser atrapados por los gatos. ¿Vendrían de adentro, ahora, tal vez, aquellos sonos? Corrió hacia las ventanas para comprobar su hermetismo. ¿El hogar, la casa, es verdaderamente sólo el sitio que un hombre deja atrás? Volvió al esbozo de paisaje y, sentándose frente al caballete, con una carbonilla comenzó a dibujarlo sobre la tela, hasta que la carbonilla, quebrada, se le cayó de las manos. No tenía ganas. Miró a su alrededor y pensó que quizá debía ordenar ese lugar, disponer los muebles de alguna otra manera. Empezó a hacerlo y también lo dejó; había demasiado tiempo por delante. Volvió hasta la cama, que ya no estaba tibia, y, vestido, se echó boca arriba observando los travesaños de madera clara que sostenían el tejado.

VI

Cuando su reloj se detuvo por falta de cuerda, lo guardó. Desde ese momento en adelante aprendió a dividir el tiempo por las campanadas que doblaban a lo lejos en las mañanas y en las tardes. Y halló que eso era suficiente. También aprendió que eran las nueve cuando la sobria sirena del pequeño vapor se dejaba oír cruzando la bahía; y que eran las cinco cuando regresaba. ¿A dónde iría y desde dónde vendría? Nunca se lo preguntó a la mujer.

También —al principio— tres o cuatro veces en el mes, llegaba el cartero —un hombre cuyos cabellos blancos y finos, tan finos como hilachas de seda, no correspondían a su cara joven, de rasgos rotundos y sanos— con cartas en sobres cubiertos de sellos recónditamente familiares, que él leía con avidez bajo la lámpara, junto al fuego.

A veces la mujer llegaba precisamente cuando se había ido ya el cartero; y entonces, mientras trabajaba, observaba al hombre en silencio, ajeno, perdido; perfilado contra el resplandor de la chimenea, largo tiempo.

Cierto día, una de aquellas cartas le hizo llorar; no la más larga de las cartas, sino quizá la más breve, escrita a máquina. Lloró sin angustia y sin apuro, como puede llorar un hombre cuando está solo. Y pensó en la muerte. Hasta que ya no tuvo ganas de llorar, y entonces pensó que la muerte no es un mal y que aun la idea de la muerte podía domesticarse, porque la muerte ocurre una sola vez, y cuando ocurre no cambia nada, ya que es tan casual como la vida. Y también pensó, largo rato después, que tampoco el dolor puede renacer; el dolor rememorado ya no es dolor, es sólo el recuerdo, la narración nostálgica del dolor.

Todo estaba completamente quieto y en silencio, como al amanecer en una ciudad vacía, y él caminó, sin proponérselo, en dirección de una de las ventanas cegadas por las celosías, y cerca de ella vio el pequeño retrato como un borrón en el muro. ¿Entonces, la muerte sólo concierne a la muerte? ¿Es verdad eso? Y ni siquiera a la muerte, porque tampoco la altera.

El hombre regresó a la cama y, en las sombras benignas de ese largo día boreal, escuchó la sirena del vaporeto deslizándose otra vez por las aguas remotas de la bahía.

¿Había logrado dormirse tan intensamente? Se halló, recordándose de pronto pero no inquieto, presa de esa vaga incomodidad de los que duermen vestidos y con los botines puestos. Así de provisorios eran sus noches como sus días. Se mantuvo inmóvil un largo momento, sin ver nada, hasta que sus ojos se acostumbraron a la palidez del alba. Después se sentó en el borde de la cama; no hacía frío. Fue hasta la cocina y puso la cafetera al fuego, que nació de pronto, intenso y firme, y eso fue la única presencia viva de la casa. Sin apenas echarse agua a la cara, metió su ropa en la maleta, dejando todo lo demás desparramado sobre el suelo como estaba. Se arrolló una bufanda al cuello —antes arrojó al moribundo fuego de la chimenea el resto del agua del café—, apretó el interruptor de la luz en el tablero y salió rumbo a la estación.